

Francesco Petrarca

Cancionero

Traducción, introducción y notas de Ángel Crespo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Canzoniere*

Primera edición: 1995

Tercera edición: 2022

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Lucía M. Diz y Miguel S. Moñita

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción, introducción y notas: Ángel Crespo, 1983 y Herederos de Ángel Crespo, 2022

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1995, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-066-6

Depósito legal: M. 23.385-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

21	Introducción, por Ángel Crespo
21	1. Los tiempos de Petrarca
28	2. La vida y la obra de Petrarca antes de la coronación
47	3. De la coronación a la muerte de Laura
62	4. La vida viajera hasta el establecimiento en Venecia
83	5. Los últimos años
96	6. Apariencia y carácter de Petrarca
103	7. Petrarca, poeta y humanista
110	8. La formación del <i>Cancionero</i>
119	9. El <i>Cancionero</i>
125	10. «Micer Francesco, que de amor suspira», o el conflicto del <i>Cancionero</i>
141	11. La estructura del <i>Cancionero</i>
155	12. Los <i>Triunfos</i> , complemento del <i>Cancionero</i>
161	Nuestra traducción
165	Bibliografía

Cancionero

173	[Primera parte. En vida de Laura]
175	I. Los que, en mis rimas sueltas, el sonido
176	II. Porque una hermosa en mí quiso vengarse
177	III. Fue el día en que del sol palidieron

178	IV. El que su arte infinita y providencia
179	V. Si con suspiros de llamaros trato
181	VI. Mi loco afán está tan extraviado
182	VII. Ociosas plumas, gula y somnolencia
184	VIII. Cabe los cerros do, por vez primera
185	IX. Cuando el planeta que las horas cuenta
186	X. De la esperanza nuestra gloriosa
187	XI. Dejar por sol o sombra vuestro velo
188	XII. Si del tormento áspero mi vida
189	XIII. Cuando, entre las demás, de mi señora
190	XIV. Ojos cansados, mientras con anhelo
191	XV. Yo me vuelvo hacia atrás a cada paso
192	XVI. Se aleja el viejecito albo y canoso
193	XVII. Llanto amargo me llueve de la cara
194	XVIII. Cuando estoy todo vuelto a aquella parte
195	XIX. Existen animales de tan fiera
196	XX. Me suele avergonzar que no esté siendo
197	XXI. Mil veces, por tener, dulce guerrera
198	XXII. Para todo animal que anida en tierra
200	XXIII. Del dulce tiempo de la edad primera
208	XXIV. Si aquella fronda que los golpes para
209	XXV. Amor lloraba, y yo con él gemía
210	XXVI. Más alegre que yo no toma tierra
211	XXVII. El sucesor de Carlos, que la coma
213	XXVIII. Oh esperada en el cielo, alma ferviente
219	XXIX. Rojo, oscuro y violáceo ornamento
222	XXX. A una joven bajo un verde laurel
224	XXXI. Esta ánima gentil que ahora parte
226	XXXII. Cuanto más me avecino al postrer día
227	XXXIII. Ya la amorosa estrella llameaba
228	XXXIV. Apolo, si el deseo ha perdurado

229	XXXV. Voy midiendo –abstraído, el paso tardo–
230	XXXVI. Si muriendo creyera ser librado
231	XXXVII. Tan débil es el hilo al que confío
236	XXXVIII. Orso, nunca hubo estero ni corriente
237	XXXIX. Tanto de ese mirar temo el asalto
238	XL. Si Amor o Muerte no hacen al tejido
239	XLI. Cuando del propio sitio se está yendo
240	XLII. Mas cuando el sonreír humilde y llano
241	XLIII. Por vez novena, el hijo de Latona
242	XLIV. El que, en Tesalia, mano diligente
243	XLV. Mi antagonista, en el que ver soléis
244	XLVI. El oro y perlas y el floral tocado
245	XLVII. Desfallecer sentía yo en mi seno
246	XLVIII. Si el fuego con el fuego no parece
247	XLIX. Aunque te haya guardado de mentira
248	L. Cuando el cielo mas rápido se inclina
252	LI. Poco a mis ojos de acercarse habría
253	LII. No a su amante Diana más placía
254	LIII. Alma gentil que aquellos miembros riges
259	LIV. Porque insignia de amor su faz traía
260	LV. El fuego que creía yo apagado
261	LVI. Si el ciego afán que al corazón destruye
262	LVII. Mis venturas se acercan lentamente
263	LVIII. La mejilla que el llanto os ha cansado
265	LIX. Aunque lo que me trajo a amar primero
266	LX. El que amé gentil árbol muchos años
267	LXI. Benditos sean el año, el mes, el día
268	LXII. Padre del cielo, tras mis días perdidos
269	LXIII. La faz volviendo a mi color perdido
270	LXIV. Si vos pudieseis, por turbados gestos
271	LXV. No haber estado en guardia me lastima

272	LXVI. El cargado aire, y la importuna niebla
274	LXVII. Del mar Tirreno en la siniestra riba
275	LXVIII. El sacro aspecto de la tierra vuestra
276	LXIX. Ay, Amor, contra ti yo bien sabía
277	LXX. ¡Ay triste, que no hay sitio hasta el que llegue
280	LXXI. Porque la vida es breve
285	LXXII. Gentil señora mía
289	LXXIII. Puesto que mi destino
293	LXXIV. Me canso de pensar cómo cansado
294	LXXV. Los ojos que de modo me han llagado
295	LXXVI. A ella Amor me ha devuelto lisonjeando
296	LXXVII. Por mirar Policleto con fijeza
297	LXXVIII. Cuando Simón la inspiración sentía
298	LXXIX. Si al principio responde el fin y el medio
299	LXXX. Quien ha resuelto conducir su vida
301	LXXXI. Porque, cansado, soportando sigo
302	LXXXII. Hasta ahora de amaros no he cesado
303	LXXXIII. Sin que ambas sienes me haya emblanque- cido
304	LXXXIV. –Ojos, llorad: hacedle compañía
305	LXXXV. Siempre he amado, y amo más ahora
306	LXXXVI. Sé que voy a odiar siempre a esa ventana
307	LXXXVII. Tan pronto como el arco ha disparado
308	LXXXVIII. Pues mi esperanza viene con pereza
309	LXXXIX. Cuando de la prisión de Amor huía
310	XC. Al aura el pelo de oro vi esparcido
311	XCI. La mujer que has amado con vehemencia
312	XCII. Llorad, señoras, y con vos Amor
313	XCIII. «Escribe», Amor me dijo; y repetía
314	XCIV. Cuando al pecho los ojos han llevado
315	XCV. Poner quisiera en verso el pensamiento

316	XCVI. Estoy ya de esperar tan fatigado
317	XCVII. ¡Ay, bella libertad, en qué medida
318	XCVIII. Orso, a vuestro corcel ponerse puede
319	XCIX. Pues tanto vos y yo hemos comprobado
320	C. Esa ventana en que un sol se presenta
321	CI. Ay, nos convierte en presas doloridas
322	CII. Cuando el traidor de Egipto le entregó
323	CIII. Venció Aníbal y no supo, venciendo
324	CIV. Esa virtud que en vos vi floreciendo
325	CV. No quiero más cantar como cantaba
330	CVI. Una bella angelita, con gracejo
331	CVII. No veo donde pueda ya salvarme
332	CVIII. Oh, más que los demás feliz terreno
333	CIX. Más de mil veces, ay, amor me asalta
334	CX. Empujándome Amor al sitio usado
335	CXI. La que al mirar mi corazón regenta
336	CXII. Sennuccio, sabed bien de qué manera
337	CXIII. Aquí, do medio estoy, Sennuccio mío
338	CXIV. De Babilonia impía, que proscrita
339	CXV. Yo vi entre dos amantes, altanera
340	CXVI. Lleno de la inefable dulcedumbre
341	CXVII. Si la roca, do el valle es más cerrado
343	CXVIII. El décimo sexto año de mi llanto
344	CXIX. Una mujer aún más que el sol hermosa
349	CXX. Las pías rimas por las que he sabido
350	CXXI. Mira, Amor, a esta que en sus verdes años
351	CXXII. Diecisiete años ha girado el cielo
352	CXXIII. Aquel palidecer, que de amorosa
353	CXXIV. Amor, Fortuna, y mi conciencia, esquiva
354	CXXV. Si este que me destruye
358	CXXVI. Fresca y dulce agua clara

- 361 CXXVII. Al sitio hacia el que Amor me va empujando
 366 CXXVIII. Italia mía, aunque el hablar sea vano
 372 CXXIX. De monte en monte voy, de pensamiento
 375 CXXX. Pues de Merced cerrada está la vía
 376 CXXXI. Yo haría un canto de amor tan diferente
 377 CXXXII. Si no es amor, ¿qué es esto que yo siento?
 378 CXXXIII. Como blanco a saeta Amor me ha puesto
 379 CXXXIV. Paz no encuentro, y no tengo armas de guerra
 380 CXXXV. La más distinta y nueva
 385 CXXXVI. Fuego del cielo entre tus trenzas llueva
 387 CXXXVII. Colmado ha el saco Babilonia avara
 388 CXXXVIII. ¡Oh fuente de dolor, albergue de ira
 389 CXXXIX. Cuando hacia vos con más deseo expando
 390 CXL. Amor, que vive en mi alma y la domeña
 391 CXLI. Lo mismo que en verano volar suele
 392 CXLII. Hacia la sombra de las bellas frondas
 394 CXLIII. Cuando os escucho hablar tan dulcemente
 395 CXLIV. Ni al sol jamás tan bello vi elevarse
 396 CXLV. Ponme do mata el sol flores y hierba
 397 CXLVI. Oh de ardiente virtud engalanada
 398 CXLVII. Cuando el querer, que con sus dos ardientes
 399 CXLVIII. Po, Arno, Tesino, Varo, Adigio y Tebro
 400 CXLIX. A veces se me muestra menos dura
 401 CL. —¿Qué piensas, alma?, ¿habrá paz o batalla?
 402 CLI. Nunca de oscura tempestad marina
 403 CLII. La mansa fiera, alma de tigre o de osa
 404 CLIII. Ígneos suspiros, id al pecho frío
 405 CLIV. Los cielos y la tierra han puesto a prueba
 406 CLV. No fueron Julio y Jove tan movidos
 407 CLVI. Angélicas costumbres vi en el suelo
 408 CLVII. El día aquel, si amargo, siempre honrado

- 409 CLVIII. Doquiera que mis tristes ojos lleve
 410 CLIX. ¿En qué parte del cielo y en qué idea
 411 CLX. A Amor y a mí tan admirados deja
 412 CLXI. ¡Oh pasos vanos, oh ideas vehementes
 413 CLXII. ¡Flores felices, biennacidas hierbas
 414 CLXIII. Amor, que mi alma ves y me has guiado
 415 CLXIV. La Noche a cielo y tierra callar hace
 416 CLXV. Cuando el cándido pie en el fresco prado
 417 CLXVI. Si me hubiese quedado en la espelunca
 418 CLXVII. Cuando Amor su mirada a tierra inclina
 419 CLXVIII. Tráeme Amor un recado lisonjero
 420 CLXIX. Lleno de un dulce afán que me desvía
 421 CLXX. Muchas veces, tan bello rostro humano
 422 CLXXI. Los brazos sin razón me están matando
 423 CLXXII. Oh Envidia, de virtudes enemiga
 424 CLXXIII. De sus ojos mirando el sol sereno
 425 CLXXIV. Bajo estrella cruel (si tiene el cielo
 426 CLXXV. Cuando el tiempo y lugar me represento
 427 CLXXVI. Por los salvajes bosques arriesgados
 428 CLXXVII. Mil arroyos y cuevas en un día
 429 CLXXVIII. Amor a un tiempo me espolea y frena
 430 CLXXIX. Geri, cuando por mí se enciende en ira
 431 CLXXX. Po, bien puedes llevarte mi envoltura
 432 CLXXXI. Amor tejió una red encantadora
 433 CLXXXII. Amor, que al corazón da ardiente celo
 434 CLXXXIII. Si el suave hablar y la gentil mirada
 435 CLXXXIV. Natura, Amor y el alma pudorosa
 436 CLXXXV. Esta ave Fénix de dorada pluma
 437 CLXXXVI. Si Virgilio y Homero hubiesen visto
 439 CLXXXVII. Cuando Alejandro vio la sepultura
 440 CLXXXVIII. Oh Sol, la única fronda por mí amada

- 441 CLXXXIX. Llena mi nao de olvido, un mar capeo
 442 CXC. Una cándida cierva vi en la hierba
 443 CXCI. Igual que es ver a Dios eterna vida
 444 CXCII. Contemplemos, Amor, la esplendorosa
 445 CXCIII. De un alimento tan ilustre vivo
 446 CXCIV. La aura gentil, que al monte ya serena
 447 CXCIV. De día en día cambio rostro y pelo
 448 CXCVI. La aura serena que entre verde fronda
 449 CXCVII. La aura celeste que ahora está oreando
 450 CXCVIII. La aura süave al sol despliega y vibra
 451 CXCIX. Bella mano que oprimes con ardor
 452 CC. No sólo la desnuda bella mano
 453 CCI. Amor me había hecho, y mi ventura
 454 CCII. De un bello, claro, pulcro y vivo hielo
 455 CCIII. Ardiendo estoy aunque alguien no lo crea
 456 CCIV. Alma que tantas cosas has pensado
 457 CCV. Dulce ira, desdén dulce y dulces paces
 458 CCVI. Si lo he dicho, que me odie aquella hermosa
 461 CCVII. Yo esperaba pasar mi tiempo ahora
 465 CCVIII. Rápido río que de alpestre vena
 466 CCIX. Las dulces lomas donde me he dejado
 467 CCX. No desde el indio Idaspe al Ebro hispano
 468 CCXI. Deseo acucia, Amor la vía muestra
 469 CCXII. Feliz en sueños, de penar contento
 470 CCXIII. Gracias que el cielo a muy pocos destina
 471 CCXIV. Ya estaba el alma tres días en parte
 473 CCXV. En noble sangre, vida humilde y quieta
 474 CCXVI. Lloro de día; y por la noche, cuando
 475 CCXVII. Antes quise, en rimada cantinela
 476 CCXVIII. Cuando entre las corteses damas bellas
 477 CCXIX. El valle, con sus nuevos cantos bellos

- 478 CCXX. ¿Dónde halló Amor el oro, y en qué vena
 479 CCXXI. ¿Cuál destino, cuál fuerza o cuál engaño
 480 CCXXII. –Damas que solas vais y acompañadas
 481 CCXXIII. Cuando el carro del sol baña el mar, siento
 482 CCXXIV. Si, en pecho fiel, amor que no es fingido
 483 CCXXV. Doce damas honestamente holgando
 484 CCXXVI. Gorrión tan solitario no se halla
 485 CCXXVII. Aura que el pelo rubio y ondulado
 486 CCXXVIII. Amor, con la derecha, me abrió el lado
 487 CCXXIX. Canté, ahora lloro, y no menor dulzura
 488 CCXXX. Lloré, ahora canto, pues su santa lumbre
 489 CCXXXI. Con mi suerte vivía yo contento
 490 CCXXXII. Si Alejandro venció y se vio vencido
 491 CCXXXIII. ¡Qué venturoso he sido cuando uno
 492 CCXXXIV. Oh cuartito que otrora fuiste puerto
 493 CCXXXV. Me lleva, ay triste, Amor donde no quiero
 494 CCXXXVI. Yo yerro, Amor, y el yerro mío siento
 495 CCXXXVII. No hay del mar tantos seres en las ondas
 497 CCXXXVIII. Reales dotes, angélico intelecto
 498 CCXXXIX. Hacia la aurora, cuando suele la aura
 500 CCXL. Yo le he rogado a Amor, y aún le ruego
 501 CCXLI. El gran señor ante el que no aprovecha
 502 CCXLII. –Mira aquel monte, corazón aciago
 503 CCXLIII. Alcor verde, florido y sombreado
 504 CCXLIV. Sufro lo malo, y lo peor me aterra
 505 CCXLV. Dos frescas rosas, que al nacer el día
 506 CCXLVI. La aura que el verde lauro y la áurea y fina
 507 CCXLVII. Alguien creerá que cuando alabo a aquella
 508 CCXLVIII. Quien quiera ver cuánto pueden Natura
 509 CCXLIX. ¡Qué temor cuando el día vuelve a mi mente
 510 CCL. Solía, lejana, en sueños consolarme

- 511 CCLI. ¡Oh visión miserable y espantosa!
- 512 CCLII. Dudoso de mi estado, lloro y canto
- 513 CCLIII. Dulce mirar, prudente voz, ¿a verte
- 514 CCLIV. Por más que escucho, no hay nuevas de aquella
- 515 CCLV. La noche desear, odiar la aurora
- 516 CCLVI. De aquella bien quisiera yo vengarme
- 517 CCLVII. Estaba yo mirando fijamente
- 519 CCLVIII. De sus ojos tan viva luz venía
- 520 CCLIX. Siempre he buscado solitaria vida
- 522 CCLX. Dos ojos en tal astro he contemplado
- 523 CCLXI. Toda mujer que aspire a honrosa fama
- 524 CCLXII. –Primero amar la vida, y después de ella
- 525 CCLXIII. Árbol triunfal, oh planta victoriosa
- 527 [Segunda parte. En muerte de Laura]
- 529 CCLXIV. Yo voy pensando, y al pensar me asalta
- 536 CCLXV. Salvaje pecho, empeño desalmado
- 537 CCLXVI. Caro señor, de mí el recuerdo tira
- 538 CCLXVII. ¡Ay de mí, mirar suave y rostro amado
- 539 CCLXVIII. ¿Qué debo hacer, Amor, o qué conviene?
- 543 CCLXIX. Por el laurel y la columna lloro
- 544 CCLXX. Amor, si, cual parece, te has propuesto
- 549 CCLXXI. El nudo ardiente al que en mi larga espera
- 550 CCLXXII. Huye la vida y no espera un momento
- 551 CCLXXIII. ¿Qué haces? ¿Qué piensas? ¿Por qué es-
tás mirando
- 552 CCLXXIV. Dejádme en paz, oh pensamientos fieros
- 553 CCLXXV. Ojos míos, nuestro sol se ha oscurecido
- 554 CCLXXVI. Desde que la visión casta y serena
- 555 CCLXXVII. Si Amor nuevo consejo no me envía
- 556 CCLXXVIII. En su edad más hermosa y más florida

- 557 CCLXXIX. Si de aves el plañir, o el movimiento
 558 CCLXXX. Nunca vi un sitio en que tan claro viese
 559 CCLXXXI. Mil veces, ay, en mi refugio amado
 560 CCLXXXII. Alma feliz que tanto a mí has venido
 561 CCLXXXIII. Muerte, has descolorido al rostro hermoso
 562 CCLXXXIV. Tan raudos son el tiempo y pensamiento
 563 CCLXXXV. Nunca piadosa madre al hijo amado
 564 CCLXXXVI. Si aquella suavidad con que suspira
 565 CCLXXXVII. Sennuccio mío, si solo aquí me duelo
 566 CCLXXXVIII. Este aire de suspiros he llenado
 567 CCLXXXIX. Mi alta alma llama, entre las bellas bella
 568 CCXC. ¡Cómo es el mundo! Ya encuentro agradable
 569 CCXCI. Cuando bajar del cielo veo a la aurora
 570 CCXCII. Los ojos de que hablé exaltadamente
 571 CCXCIII. Si yo hubiese pensado que tan cara
 572 CCXCIV. Solía en mi pecho estar hermosa y viva
 573 CCXCV. Solían mis pensamientos suavemente
 574 CCXCVI. Yo me suelo acusar, y ahora me excuso
 575 CCXCVII. Dos grandes enemigas se juntaron
 576 CCXCVIII. Cuando me vuelvo a contemplar los años
 577 CCXCIX. ¿Dónde se halla la frente que guiaba
 578 CCC. ¡Cuánta envidia te tengo, avara tierra
 579 CCCI. Valle que de mis quejas hoy se llena
 580 CCCII. El pensamiento me hizo que subiera
 581 CCCIII. Amor, que en el buen tiempo me llevabas
 582 CCCIV. Mientras mi corazón de amor ardía
 583 CCCV. Alma bella que el nudo ya has soltado
 584 CCCVI. El sol que me mostró el rumbo derecho
 585 CCCVII. Pensé mover mis alas sin fatiga
 586 CCCVIII. Ésa por quien por Sorgia he cambiado Arno
 587 CCCIX. Aquel milagro que, en el mundo ciego

- 588 CCCX. Céfito vuelve, el bello tiempo estrena
 589 CCCXI. El ruiñeñor, que acaso a su pareja
 590 CCCXII. Ni ver ir por el cielo las estrellas
 591 CCCXIII. Ya pasó el tiempo, ay triste, en que con tanto
 592 CCCXIV. Ay mente, que adivina de tus daños
 593 CCCXV. Pasando iba mi edad verde y florida
 594 CCCXVI. De encontrar paz o tregua a tan cruento
 595 CCCXVII. Seguro puerto había mostrado Amor
 596 CCCXVIII. Viendo a un árbol caer, cual si arrancado
 597 CCCXIX. Mi tiempo, más veloz que ningún ciervo
 598 CCCXX. La aura antigua yo siento, y los collados
 599 CCCXXI. ¿Es éste el nido en que la fénix mía
 600 CCCXXII. Mis luces verán siempre humedecidas
 601 CCCXXIII. Estando un día solo a la ventana
 605 CCCXXIV. Amor, cuando esperanza
 606 CCCXXV. Callar no puedo, y temo que obre efecto
 611 CCCXXVI. Adónde tu poder llega has mostrado
 612 CCCXXVII. La aura, el olor, el reposo y la sombra
 613 CCCXXVIII. El último, ay, de mis alegres días
 614 CCCXXIX. ¡Ay día, ay hora, ay último momento
 615 CCCXXX. Aquel mirar que en la memoria guardo
 616 CCCXXXI. Solía de la fuente de mi vida
 619 CCCXXXII. Mi benigna fortuna y vivir ledo
 622 CCCXXXIII. Rimas dolientes, id al mármol duro
 623 CCCXXXIV. Si es que un premio merece amor honesto
 624 CCCXXXV. Vi, entre mil, a mujer de prendas tales
 625 CCCXXXVI. Vuelve a mi mente, es más, dentro está
 de ella
 626 CCCXXXVII. Aquel, que en el color y olor vencía
 627 CCCXXXVIII. Dejado has, Muerte, oscuro y frío al
 mundo

Introducción

1. Los tiempos de Petrarca

Los grandes cambios sociales, políticos y culturales que se produjeron durante un siglo que, como el XIV, marca la transición de la Edad Media a la Edad Moderna parecen indicar, de una parte, que las circunstancias adversas, y más aún las que llegan a convertirse en catastróficas, impulsan a los mejores de entre quienes las padecen a superarse en busca de nuevos horizontes intelectuales capaces de cambiar el rumbo aparentemente dislocado de la historia; y de otra, que lo que los contemporáneos de tales circunstancias suelen juzgar como los estertores de la agonía no son sino los dolores de un feliz alumbramiento. ¿Cómo habían de pensar los hombres del Trecentos que, tras sus convulsos y desesperanzadores tiempos, Europa iba a iniciar una época de prosperidad económica que terminaría por llevarla en un espacio de

tiempo muy inferior al que mediaba entre ellos y la disolución del Imperio Romano a extender su influencia por todo el resto del mundo y a enriquecerse, no sólo con los productos materiales, sino también con las ideas, de los más diferentes y alejados países? El mismo Petrarca, testigo excepcional del acontecer del siglo XIV, se muestra pesimista en extremo en relación con sus tiempos en una carta¹ escrita en Venecia el año 1367 y dirigida a su amigo Guido Sette. Es un documento impresionante en el que nuestro poeta va repasando su vida –tenía entonces sesenta y tres años– y recordando los lugares en que ésta se ha desarrollado para llegar a la conclusión de que en todos y cada uno de ellos todo ha cambiado para peor. «En cuanto a lo que me he propuesto escribirte –dice Petrarca a su amigo–, es decir, sobre el cambio de los tiempos hacia el empeoramiento y la ruina, no dudo que la fuerza de la verdad te obligue a estar de acuerdo conmigo.» Carpentrás, la ciudad provenzal en la que transcurrió la tranquila infancia de ambos, se ha convertido en un infierno y sus campos han sido invadidos por bandas de ladrones que reducen a la miseria a sus habitantes; Montpellier, donde ambos iniciaron sus estudios jurídicos, ha pasado a ser, de una pacífica y sabia ciudad universitaria, un pueblo sin apenas estudiantes ni maestros. «De Montpellier –prosigue nuestro poeta– pasamos a Bolonia. No creo que se pudiese encontrar un lugar más bello y más libre en todo el mundo. Recordarás bien la afluencia de escolares, el orden, la vigilancia, la majestad de los profesores, que parecían los antiguos ju-

1. *Senilium*, X, 2.

risconsultos redivivos. Ahora no queda allí casi ninguno, y el puesto de tantos y tan grandes ingenios ha sido ocupado por la ignorancia...» Aviñón se ha convertido, desde que en ella se instaló el papado, en una ciudad corrupta y sometida a mil peligros; Tolosa, la Gascuña, la Aquitania, son las mismas tierras y conservan sus mismos nombres, pero ya no son sombra de lo que fueron. «... empujado por juvenil ardor y por el deseo de ver cosas nuevas –sigue recordando– corrí a París, en cuyo viaje tanto me espoleaba la juventud que hasta a los rincones extremos del reino llegué, viajando por Flandes, por el Brabante, por la Annonia y por la Baja Germania. Ahora, habiéndome hecho volver a aquel reino una importante misión, lo he visto tal que apenas lo he reconocido por él mismo. Quemadas, caídas, destruidas todas las casas que no tenían defensas de rocas o murallas, ofrecían a mis ojos un espectáculo de ruina y desolación...» ¿Para qué seguir? Roma y Nápoles, ciudades tan queridas por el poeta, han sufrido tremendos estragos y desventuras. Incluso Milán y Pavía han perdido su antiguo esplendor. «Y de este modo –dice Francesco a Guido– podría llevarte por toda Italia, e incluso por toda Europa, para encontrar en todas partes nuevas razones que confirmen mi tesis...», y tenía razón.

El XIV fue el siglo en el que la decadencia del papado y su consiguiente pérdida de autoridad fue la causa de que Clemente V, que tuvo que ser coronado en Lyon, terminase por establecer la corte pontificia, el año 1309, en la ciudad provenzal de Aviñón, dependiente política y militarmente del rey de Francia. El exilio de la Iglesia duró hasta que, en enero de 1377, Gregorio XI volvió a Roma

–y ello tras un breve período durante el que Urbano V trató de mantenerse sin éxito en la Ciudad Eterna y tuvo que regresar a la ciudad del Ródano–, pero muerto aquel papa el año 1378, su sucesión dio lugar al llamado Cisma de Occidente, el cual dividió de tal modo a la Iglesia que llegó a haber tres sumos pontífices que se acusaban entre sí de antipapas. Sólo en 1417 el pontífice Martín V, elegido en el concilio de Constanza, logró soldar la fragmentada organización eclesiástica. La pérdida de prestigio y el descrédito acumulado por la Iglesia desde principios del siglo XIV hasta principios del siguiente fue una de las causas –¿o uno de los efectos?– de la decadencia de la cristianísima civilización medieval.

La otra piedra angular de la política de la baja Edad Media, el Imperio, sufrió también un golpe mortal durante el siglo XIV, a principios del cual el emperador Enrique VII de Luxemburgo emprendió una expedición pacificadora de Italia, alentada por intelectuales de la talla de Dante y Cino da Pistoia, que terminó en fracaso absoluto con la muerte del propio emperador. Y no tuvo, o no quiso tener, más éxito Carlos IV de Bohemia –amigo personal de Petrarca–, elegido emperador en 1347, cuya expedición a Italia terminó, según la *vox populi*, acogida en sus versos por los rimadores de la época, con la vuelta de este monarca a sus posesiones centroeuropeas enriquecido por el oro que le fue entregado para que no impusiese su autoridad en aquella península. Este emperador, que reinó hasta el año 1378, aprovechó la debilidad del papado para promulgar la célebre Bula de Oro en virtud de la cual la Iglesia no intervino en adelante en la elección de los emperadores. La medida, pensada para reforzar al Imperio, cuyo

poder era más teórico que práctico en aquellos tiempos, supuso, si no una ventaja en favor de la cátedra de San Pedro, sí un debilitamiento de la institución imperial y un paso decisivo hacia su definitiva extinción, pues los príncipes electores solían votar, con objeto de no sufrir la autoridad imperial en las tierras germánicas, a magnates débiles o ineptos cuya falta de poder real se reveló fatal para los países centroeuropeos.

Sea cualquiera el juicio sobre estos acontecimientos, lo cierto es que el desprestigio simultáneo del papado y la institución imperial, estrechamente unida a aquél por lazos históricos y religiosos, aceleró la crisis de la cultura medieval, iniciada en el siglo XIII, e hizo que los espíritus más cultos de la segunda mitad del XIV volvieran los ojos hacia la antigüedad clásica, a la que consideraron, según acertada expresión de Carlo Muscetta, «como un valor universal, un mito literario sustitutivo [en Italia] de un concreto ideal nacional»², el de la unificación política de la península itálica, añadiremos nosotros, por el que tanto había luchado lo mejor de la generación de Dante, bajo una autoridad imperial respetuosa de las libertades municipales y amiga de la Iglesia. Pero el tiempo de los municipios libres había pasado y empezaba, en aquellos revueltos tiempos, a echarse las bases políticas y sociales de un predominio de las señorías que había de terminar, en el siglo XV –durante el cual, y gracias a la paz de Lodi (1454), se gozó de un largo período de tranquilidad pública–, por configurar a la Italia del Renacimiento como

2. «Crisi e sviluppi della cultura dal comune alle signorie», en Raffaele Amatore, *Petrarca*, Roma-Bari, 1974², p. 12.